

de los sanos, este raro espécimen es un mutilado que Vallejo conoce. Tal vez a nadie conoce mejor; pero no me atrevo a asegurar que este mutilado se encuentre en el espejo de tocador del poeta; aun cuando lo sospecho. En todo caso, el artista no compadece a este minusválido:

Mutilado del rostro, tapado del rostro, cerrado del rostro, este hombre, no obstante, está entero y nada le hace falta. No tiene ojos y ve y llora. No tiene narices y huele y respira. No tiene oídos y escucha. No tiene boca y habla y sonríe. No tiene frente y piensa y se sume en sí mismo. No tiene mentón y quiere y subsiste.

Este hombre está entero. De modo que el poeta, que nos iba a hablar de un mutilado, advierte ahora que, a su juicio, no existe tal lesión. ¿En qué medida tiene razón al sostener tan inhabitual punto de vista? ¿A qué mundo, diferente del nuestro, pertenece este hombre a quien le falta algo tan esencial a nuestro parecer, y a quien, sin embargo, nada le falta? No pertenece, seguramente, a un dominio inhumano, pues Vallejo sabe de su existencia. Pero quizás hace falta una cierta mirada, nueva, diferente también de la que hoy se usa, para descubrir el lugar en el que nuestro mutilado deja de serlo: el lugar de esa ley inmemorial, anterior a los decretos de una preceptiva demasiado humana que hoy parece incontestable. Esa mirada debe ser aguda por encima de lo común, pues tiene que ver cosas que no parecen hechas para ser vistas por los selectivos ojos de los hombres:

El mutilado de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia transcurre a lo largo de un camino de espaldas.

Árbol y camino que dan la espalda... ¿a quién? Tan sólo a aquél que puede percibirlo; a aquél que puede imponer direcciones a casi todo, excepto a la naturaleza, que es siempre más grande y más sabia que él, y cuya auténtica ley sólo se observa en estado puro allá donde el hombre no ha llegado con la suya, o allá donde ha dejado de estar:

Un árbol de espaldas sólo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas sólo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento.

El poeta ha visto, al menos una vez, un árbol y un camino que le daban la espalda. Tal vez por eso es capaz de comprender la grandeza de semejante mutilado, cosa que no podrán hacer aquéllos para quienes este dominio de la realidad permanece eternamente oculto. ¿Bendición o maldición? Desde un punto de vista práctico resulta difícil decidir. Cabe suponer que la existencia terrenal de este mutilado no será cómoda. Más aún: puede ser extremadamente dolorosa. Alienado por el desprecio o por la compasión, este hombre capaz de dar su rostro en un abrazo difícilmente tendrá acceso a la anhelada comunicación con los otros. Y esto no vale sólo para los más modernos entre los modernos, para los más individualistas entre los individualistas. Tampoco de la religión espera Vallejo para su «conocido» una comprensión auténtica:

Jesús conocía al mutilado de la función, que tenía ojos y no veía y tenía orejas y no oía. Yo conozco al mutilado del órgano, que ve sin ojos y oye sin orejas.

Lo que nos demuestra, por otra parte, que el poeta no comparte la opinión que hace de este hombre un deficiente. Los ciegos y los mudos del Nuevo Testamento conserva-

bañ su integridad física, como hoy les ocurre a incontables legiones de hombres con rostro, individuos que medran y son admirados por sus contemporáneos, al paso que el mutilado de Vallejo no necesita sus órganos para ser, plenamente, hombre. Vallejo, ya lo vimos, protesta contra «el desorden» que la cultura introduce en el orden de la naturaleza, de manera que allá donde, según nuestros valores, se encuentra una perversidad moral tan sustancial como para merecer una metáfora que la traslade al nivel de lo somático, el artista descubre un orden superior, más valioso, en el que la privación y el sacrificio conducen a la plenitud. Aunque no debemos olvidar que la biografía de César Vallejo muestra bien a las claras hasta qué punto esta condición de mutilado adquiere una dimensión trágica en su confrontación con las cegueras funcionales de quienes configuran la realidad —económica, política, cultural...— del mundo en el que se vive.

La muerte

Pertenecientes, también, a los *Poemas en prosa*, los titulados «No vive ya nadie...»³ y «La violencia de las horas»⁴ definen la posición de César Vallejo ante la muerte. No son los únicos, pero sí —a mi modo de ver— los más ricos en contenido; pues otro poema de este ciclo, «El momento más grave de la vida»,⁵ hace referencia al tema, aunque sólo para advertir de la importancia suma que, para Vallejo, posee el trance de muerte:

El momento más grave de mi vida aún no ha llegado.

Bien es verdad que en ningún lugar se afirma que ese momento sea el del óbito; pero es lícito suponerlo, pues el autor podría, como los diversos «hombres» que se pronuncian al respecto en el poema, elegir alguna experiencia de su pasado comparable a las citadas por aquéllos —la batalla del Marne, el maremoto de Yokohama...— y no lo hace, como si presintiera que lo más grave está aún por venir; que está siempre por venir; en suma, que mientras hay vida siempre hay lugar para lo grave —llamémoslo así, pues en la misma indefinición del término se encuentra todo su poder— hasta alcanzar el instante de la máxima gravedad, aquél en el que, según nuestra cultura, se produce el juicio de todo lo vivido, en el que los actos ganan levedad y pesantez inéditas. Según esto, una dimensión de la muerte, esencial, sería la gravedad, aunque no es el argumento del —literalmente— improbable juicio personal el esgrimido por el poeta, ni aquí ni en otro lugar. Otras son las claves que utiliza: las que, como anuncié, se encuentran —fundamentalmente, pero no de modo exclusivo— en los dos poemas que paso a comentar.

Si procedo a analizarlos al unísono es porque, según creo, muestran las dos caras de una misma realidad. «La violencia de las horas» comienza con una tajante afirmación: «Todos han muerto», que suena, aproximadamente, igual que la que da título al segundo poema. Bien es verdad que en el texto de éste se lee:

³ *Ed. cit.*, p. 118.

⁴ *Ed. cit.*, pp. 110-111.

⁵ *Ed. cit.*, pp. 112-113.

No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, puesto que todos han partido.

Pero la sensación de abandono, de vacío irreparable, es la misma. No ocurre lo mismo con la actitud de que Vallejo hace gala en ambos poemas, aun cuando —insisto en ello— no debe verse en esto la prueba de una radical incongruencia, sino de todo lo contrario. Ante la muerte de sus parientes, amigos y conocidos; ante la muerte, en suma, de todos aquellos cuya memoria, cuyo recuerdo del poeta podía representar —en palabras de Sábato— «una cierta inmortalidad del alma»;⁶ de aquellos que, para el hombre César Vallejo, son «todos», la radicalidad del dejar de ser para siempre se hace patente al poeta:

Murió mi eternidad y estoy velándola.

Siempre se muere para sí, pero se muere también para otros. Quien aún vive se convierte en tímida pervivencia del que fue, de manera que el último de la fila queda en el más absoluto desamparo. Aunque cabe preguntarse: ¿Existe el último de la fila? Siempre habrá quien sobreviva a César Vallejo. Ciertamente es, y él lo sabe. Y porque lo sabe escribe «No queda ya nadie...» como si se respondiera a sí mismo:

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado.

Volvemos a encontrar el tema, ya familiar, de la soledad de los lugares que nunca han visto la imagen del hombre; pero ahora lo vemos bajo una nueva perspectiva. No ya la del orden de la naturaleza, sino la de ese otro orden, o desorden, humano. En aquella naturaleza desnuda de hombres el poeta leía la pureza. Pero en la vacía arquitectura de la urbe descubre algo más inquietante:

Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres.

Y esboza una suerte de cronobiología —existencial— de las construcciones humanas:

Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

No le falta razón al poeta cuando de este modo levanta acta de nacimiento de la casa. No le falta, aunque tampoco le sobra. Porque, ¿dónde quedan los afanes, las angustias, el dolor y —por encima de todo— el tiempo, el tiempo de sus vidas, de los que la construyeron? ¿Acaso no está humanizado, desde sus cimientos, cualquier edificio? La comparación que Vallejo establece entre la casa y la tumba me permite esbozar una interpretación que, desgraciadamente, no podré desarrollar hasta sus últimas consecuencias, pero que quisiera someter a la consideración del lector pidiéndole, antes, disculpas por esta impremeditada ruptura del hilo argumental del trabajo.

⁶ E. Sábato, *Abaddón el exterminador*. Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 204.